

INFORME

AL COMITÉ EJECUTIVO DE LA COMISION
NOMBRADA EN CÁDIZ PARA EL ME-
JORAMIENTO DE LA CLASE OBRERA.

He recibido de ese Comité merced satisfactoria al invitarme á que examine alguno de los 32 grupos del *Cuestionario* de preguntas redactado por la superioridad, y á que sobre él comunique mi opinion escrita.

La tarea es difícil por su naturaleza; y no tengo que decir, por sabido, que superior á mi capacidad.

Por otra parte, he estado estos dias enfermo en cama, y tengo sobre mí atenciones fatigosas que absorben todo mi tiempo y energía; y como quiera que, segun la comunicacion previene, ha de presentarse el informe en término corto, que está para vencer, mi determinacion primera fué declinar en completo la invitacion, agradeciéndola.

Pero despues se me ocurrió que era adecuada demostracion de agradecimien to decir algo sobre el *Cuestionario*, más ó ménos, y agregar algunas apreciaciones relativas al problema social, aunque fuera concisamente y como mera indicacion para su estudio, y me he decidido á escribir á destajo y sin concierto, lo que tengo la honra de dirigir á ese Comité ejecutivo.

Para que el método corrija de alguna manera las imperfecciones del trabajo, dividirá en tres partes el informe:

1.º El *Cuestionario*. Situacion de las clases trabajadoras. Agentes que en la actualidad influyen en las variaciones económicas.

2.º Resortes actuales de la produccion, reparto y consumo de la riqueza. Planteamiento del problema social.

3.º Solucion. Remedios accidentales y transitorios.

PARTE PRIMERA

EL CUESTIONARIO.—SITUACION DE LAS CLASES TRABAJADORAS.—AGENTES QUE EN LA ACTUALIDAD INFLUYEN EN LAS VARIACIONES ECONÓMICAS.

SECCION PRIMERA.

EL CUESTIONARIO.—SITUACION DE LAS CLASES TRABAJADORAS.

I.

Sentido y redaccion del Cuestionario.

Como lo he de criticar, anticipo todo género de satisfacciones.

El *Cuestionario* no corresponde á su objeto, aunque haya sido discurrido con la intencion más plausible.

Por de pronto parece como un chisporroteo de dudas y de incertidumbres. No presenta el problema social como lo vemos, positivo, indubitable, más ó ménos temeroso, sino como una presuncion

vaga, ilusoria acaso, que se quiere aclarar por medio de mil preguntas minuciosas. Como uno que durmiendo tranquilamente, oyera al despertar vagas indicaciones sobre peligros remotos, y procurara enterarse por si acaso, de la misma manera el Gobierno quiere conocer, no ya la intensidad de la dolencia, ni el remedio, sino si es verdad que la dolencia existe, si la sociedad está tan mal constituida como algunos suponen, ó si, por el contrario, vivimos en un mundo donde todo camina con orden y mejor cada día. Parece el *Cuestionario* concebido fuera de la sociedad y redactado por quien ni de lejos ha visto lo que sucede, no ya en lo profundo de las clases, sino en su superficie. No ha saltado á los ojos del autor que la riqueza está mal distribuida, la produccion mal organizada, que al trabajo va inseparablemente unida la miseria, que las clases luchan como enemigos, encarnizadas por odios perpétuos y antagonismos constantes. El autor del *Cuestionario* no ha visto que el problema existe y que es menester resolverlo cuanto antes; averigua todavía lo evidente y quiere enterarse de pormenores, si inútiles no, cuando ménos innecesarios, y más á propósito para el lujo de una esta-

dística de la miseria, que para servir de datos en el planteamiento de un problema indubitable.

Este hacinamiento de preguntas, algo desordenadas, tiene que dar por resultado informes monstruosos, montones de datos recogidos de cualquier manera, inventados muchos por la fantasía ó el afán del obedecimiento, entre los que se tiene que perder de seguro la inteligencia más aguda.

La superioridad no sabe cómo viven los gremios, ni si están entorpecidos por la legislación; tiene pocas noticias de las huelgas y de sus resultados; ignora la suerte infeliz de los inválidos del trabajo; no sabe si los obreros se alimentan bien ó mal; no ha llegado á sus oídos que la lucha entre las diferentes clases sociales, es tremenda, y está alimentada por odios crecientes, etc. etc.; pero desea saber todo esto y mucho, muchísimo más, sin duda para sorprenderse con el conocimiento de la realidad dolorosa, y resolver si es más sencillo resistir que remediar; apuntalar con sables y carabinas el edificio social que se extremece, que no restaurarlo con una renovacion de justicia y de concordia.

No me inspira la oposicion cuando cri-

tico estas disposiciones lamentables; las entresaco del *Cuestionario* mismo. Alhablarse en él de las huelgas, se quiere saber si se han promovido por *instigaciones de fuera* y sostenido con fondos *enviados de otra parte*; no se olvida, al investigar sobre asociaciones, si las hay de obreros, que pudiendo *organizarse legalmente, no lo hacen*; entre las preguntas sobre la condicion moral de la clase, se desliza la curiosidad de saber la naturaleza de los *libros y periódicos que circulan entre los obreros*; en otro lugar se inquiera acerca de *su actitud política*, y si están afiliados á los partidos actuales ó si tienden á la formacion de *otros exclusivamente obreros*; en una palabra, el *Cuestionario* trasuda inquietud, recelo, animadversion, casi hostilidad; cuyos sentimientos se condensan todos y aparecen en una circunstancia frívola, pero elocuente. En los centros oficiales cada trabajo radica en una seccion que indica su naturaleza: ¿Se trata del nombramiento de empleados? Pues el nombramiento se estudia y se hace en la seccion del Personal. ¿De un asunto de beneficencia? Pues en la seccion de Beneficencia. ¿De cárceles y presidios? Pues en la que se nombre de Establecimientos penales. Aho-

ra bien; el trabajo que ha nacido en interés, debia serlo, de la clase obrera, ha sido colocado, como exige el buen régimen oficinesco, en una seccion determinada, en aquella que corresponde al pensamiento del Ministro su director; y ha ido á parar, como demuestran las últimas reales órdenes, no al negociado de Fomento, ni al de Beneficencia, ni al de Calamidades, ni á otro alguno innominado, ha ido á parar á la seccion policiaca de *orden público* del Ministerio de la Gobernacion.

II.

Advertencia general.

Puesto que tenemos un interrogatorio examinaré salteando alguno de los particulares que contiene. Mejor, en mi sentir, hubiera sido que la superioridad, dándose por enterada de que existe el problema de la miseria, hubiera dirigido sus preguntas á investigar la solucion; pero ha tomado otro camino, y por obligatoria

cortesía hemos de dar en él algunos pasos, aunque sea escogiendo ciertos particulares de bulto en las secciones diversas.

Antes de proseguir debo hacer una advertencia como explicación de mis personales sentimientos. En las cuestiones sociales, como en las cuestiones políticas, he procurado servirme de la mayor templanza y dominar mis espontaneidades. He sacado fuera de mí el discernimiento, siempre que he formado juicio, para que éste no tome el color de mis anteriores inclinaciones. Por acaso he nacido en la clase media; los caprichos de la fortuna me han levantado algunas veces hasta tocar con las más altas clases de la sociedad, y otras me han hundido hasta las clases más desheredadas é infelices; de manera que he tenido ocasión de conocer por experiencia propia lo que unas y otras sienten y se proponen y hacen. He salido sin rencores de las contiendas, porque no me han herido las personas, sino las circunstancias.

He averiguado que las clases viven existencia independiente de la existencia de los individuos que las componen; son éstos buenos ó malos, según su carácter y circunstancias, pero al funcionar como

resortes de una agrupación, alteran sus cualidades propias, y hacen lo que les imponen los intereses, los destinos de la clase. Ningún individuo es responsable de lo que ejecuta el grupo dentro del cual camina arrebatado por ímpetu irresistible.

Por otra parte, las agrupaciones son por lo general fuerzas naturales, y en la humanidad fuerzas de instinto: así con frecuencia el individuo obra en su clase contra los impulsos de su corazón: el fatalismo de la acción colectiva aminora la responsabilidad individual.

En esta virtud, cuando critique las tendencias de las clases conservadoras y sus actos, si profiero alguna frase acerba, contra nadie va dirigida; será la frase una exclamación contra la fatalidad de los impulsos humanos.

Si bien se examina, unas clases y otras cometen faltas en la contienda que sostienen; sin embargo, llamaré la atención de preferencia sobre las clases favorecidas, porque en este informe se hace el proceso de las clases trabajadoras, y me corresponde su defensa. Al cabo son las que padecen y sufren las consecuencias de los errores de todas; si algunas veces se estravian, por cierto que bien lo pagan

con la perpétua pesadumbre de su miseria; y bien y sobradamente se las acusa con clamoreo incesante de reprobación injustificada, y con la represión nunca tardía de los poderes públicos.

Pero demos fin á estos preliminares muy largos ya para lo poco que pienso decir acerca de las cuestiones principales, y entremos en el exámen de algunos puntos del *Cuestionario*.

III.

Condición económica de la clase obrera.

(*) «Primero que republicano he sido socialista. Las relaciones de mi infancia pusieron delante de mi entendimiento el espectáculo horrible de la miseria, más pronto que las injusticias del régimen político.»

(*) Este párrafo y los demás que en el presente Informe se señalen con comillas, están entresacados de algunas obras que he escrito y dado á luz hace tiempo.

«Vivia entre los trabajadores, y aún recuerdo, como si las estuviera escuchando, las tristes conversaciones con que desahogaban sus penas en los momentos breves del reposo. Aquellos profundos dolores me impresionaban hasta lo más íntimo de mi corazón, sin embargo de que aunque participaba de sus fatigas, no sufría las necesidades y privaciones de su situación mísera y atribulada.»

«Mas tarde, cuando mi entendimiento perdió la limpieza del candor y pudo comprender los resortes de la inmoralidad, descubrí que eran tantos y tan poderosos los que agitaban á la pobreza, que debían causar admiración las virtudes que los pobres conservaban, más bien que los vicios que los corrompieran.»

«Y desde entonces sentí esa especie de preocupación que llena mi vida y que hace que sobre todo, antes que todas las cosas, considere preciso modificar las relaciones entre el capital y el trabajo, de modo que los bienes de la naturaleza vayan á parar á las manos que los han producido ó transformado, y de manera también que concluya la miseria espantosa que diezma y degrada á la humanidad.»

«Dólfame, cuando estudiaba los pasados tiempos, ver que los desheredados mis-

mos, las víctimas de la sociedad, permanecían quietos, como si insensibles fueran á sus dolores; y agobiados por el peso de su degradacion estaban inertes en el fondo de la sociedad que los oprimía, resignados, si no contentos, y aun con frecuencia dóciles al yugo y serviles con sus opresores.»

«Doliame tanta postracion, y aun á veces desconfiaba de las reformas, solo porque echaba de ménos las fuerzas que las tenían que ejecutar, las fuerzas de los oprimidos.»

En efecto, la situacion económica de las clases trabajadoras es mala, insupportable ó insostenible, fuera de toda ponderacion y de toda duda. No hay que averiguar sobre este punto; se vé claro, aun cerrando los ojos. De aquí que me llamen la atencion en el *Cuestionario* investigaciones como esta: «si en general es buena, mediana ó mala la condicion económica de la clase obrera.» «Comparacion de la condicion económica de la clase obrera con la de las demás clases sociales,» etc., etc.

Debo de advertir, que comprendo entre los trabajadores, en lo referente á recursos para subsistir, á los empleados públicos y particulares de corto sueldo; pues

que no tienen sobre los obreros que sudan más que la aparente ventaja de presentarse de ordinario con cierto aliño en el vestido, á expensas muchas veces de la alimentacion, y á cambio de las necesidades que se ocultan.

No hay que hacer averiguaciones profundas para descubrir cuál es la situacion de las clases trabajadoras: basta un sencillo cálculo aritmético.

Aparte de excepciones contadas, los obreros se dividen en dos grupos: el de los oficiales y el de los braceros ó peones, los últimos en número mayor que los primeros.

Promediando entre los diferentes oficios y entre las distintas localidades, no se pone fuera de la realidad el cálculo de que el estipendio de los oficiales se regule en tres pesetas peonada, y en dos el de los peones y braceros. Pero como vivimos en un país eminentemente católico que declara festivos más de sesenta días en el año, tenemos ya dos meses de abstinencia saludable para las almas, aunque, con algun detrimento del cuerpo; ó en otra forma, la disminucion de una sexta parte en el jornal, distribuida la devocion en todos los días del año. Además deben estimarse las paradas corrientes,

que en movimiento normal no han de ser ménos de otros sesenta dias en todo el año; lo cual representa la disminucion de otro sexto; en junto, una cuarta parte de rebaja; de suerte que el jornal de los oficiales queda reducido un dia con otro á dos pesetas y el de los peones á una y 32 céntimos.

Aparece desde luego un gasto constante, el de la casa habitacion, que se calcula más fácilmente deduciéndolo del jornal diario, y que importa por lo ménos 30 céntimos de peseta al dia, ó sea 36 reales al mes. Resulta, pues, como ingreso líquido, para todas las atenciones de la vida de una familia entera, una peseta sesenta céntimos si el trabajador es oficial, y una peseta si es peon ó bracero. Y como la familia puede computarse por término medio en cinco personas, corresponde á cada una de estas para el consumo, 34 y 25 céntimos respectivamente.

Pregúntese ahora, despues de ajustada esta cuenta, ¿si es buena, mediana ó mala, la condicion económica de la clase trabajadora! No hay derecho para hacer semejante pregunta. ¿Acaso vivimos fuera de la humanidad, ó somos tan insensibles y ciegos que no distinguimos los males, ni oímos los lamentos de las víctimas?

Y sin embargo, se nos podrá decir, los trabajadores viven; y ciertamente que, á juzgar por lo exterior, viven alegres; se les vé saludables y hasta rollizos, y aun se entregan á ciertas satisfacciones y excesos, que indican abundancia.—¡Ah! esta apariencia, no constante, puede engañar á quien no mire más que la superficie.

—¿Cómo visten los trabajadores?—Con pobreza.

—¿Qué comen de ordinario?—Lleguemos á un taller cualquiera, si nos repugna asomarnos á lo escondido del hogar, y descubriremos que se alimentan con pan no abundante, sardinas ó queso, y como gollería un poco de café hervido en agua copiosa. Y aún así, no les alcanza el jornal, y dejan de pagar la casa y quedan debiendo el vestido; todo esto á cambio de sonrojo, de resultas de las reclamaciones; sonrojos que principian mortificando y concluyen pervirtiendo.

Cierto es que á veces malgastan en vino alguna parte de sus escasos ingresos, y que así disminuyen los recursos de la familia y agravan sus necesidades. Sensibles y merecedores de crítica son tales excesos; pero tambien excusables en cierto sentido. La naturaleza reclama y has-

ta impone el placer, y se vive gozando, como comiendo: la alegría es pan del alma. ¡Qué raro que la busque de alguna manera quien la necesita! Aparte que la desesperacion arrastra con frecuencia á los desórdenes, porque el vértigo embota la sensibilidad.

Pero continuemos.

—¿Cuál es, por regla general, la morada de los trabajadores?—Esas miserables casas llamadas de vecindad, por cuyas puertas pasamos indiferentes, y que algunos bien hallados no conocen siquiera. Hacinamiento de salas y cuartos apretados por el interés de aprovechar el terreno y aumentar la renta. Como en una pieza sola, ó en dos cuando más, se amontona una familia entera, no se inutilizan las paredes con ventanas, aunque la higiene las reclame; y tambien porque un hueco supone una puerta y la puerta un gasto para el dueño; aun sin la demasía y el lujo de los cristales, poco usados en las casas de los pobres.

Hasta aquí, la situacion de los obreros de las ciudades. En cuanto á la de los campesinos, de los agrícolas, es si cabe más desdichada todavía.

Los cortijeros viven en el cortijo en el departamento nombrado la Gañanía, no

tan ventilado, ni tan higiénico como el establo de los bueyes, ni como la zahurda de los cerdos. Desvan en lo grande, no en lo alto, con poyetes de piedra corridos á lo largo de las paredes que á la vez sirven de asiento y de cama, y por muelle colchon una estera. En medio, ó en un extremo, está el *fogari*, donde arde rara vez leña, y de ordinario excremento de los bueyes, que expide una humareda asfixiante.

Algun respiradero para que el aire se modifique, ya que no se renueve.

El cortijero come un pan fabricado con lo peor de los almacenes, en que entra tanto como el trigo, variedad de granos, que ni los animales aprovechan, y algunos pedruzcos desbaratados en el molino para formar un compuesto semejante á harina, que amasada dá por resultado un pan en teleras, plomizo é indigesto.

Por la mañana el *ajo*, especie de sopa con aceite, que ni para los candilos, sal, pimienta y agua caliente.

Al medio dia *gazpacho* con los mismos ingredientes en frio, y la agregacion de vinagre, que parece legía, segun está de turbio y mal formado.

A la noche se repite el *ajo*.

Y así un dia y otro dia, y todos los del

año, como no sea que la suerte depare en alguno el festín de una res muerta de enfermedad ó por accidente, cuya res se guisa y se devora en perjuicio de los buitres.

Dos ó tres veces en el año van los cortijeros á la poblacion. Como naturalmente se deduce, el gañan no puede formar familia; y si por excepcion comete la imprudencia de formarla, vive siempre separado de ella, y allá se las compone como pueden en el poblado la mujer y los hijos.

El cortijero gana de dos á tres y medio reales de jornal al dia, segun las labores y las costumbres de la localidad.

Tal es la situacion económica de los obreros de las ciudades y la de los campesinos. Unos y otros componen la parte más numerosa de la sociedad. El régimen presente con todo el lujo que ostenta de civilizacion y progreso tiene en malestar constante á los resortes del trabajo. Viven entre penalidades, y mueren de pobreza. Pocas veces el hambre mata como un puñal; pero muchas, innumerables, la mala alimentacion de todos los dias, los venenos de la viciada atmósfera que los pobres respiran, las frecuentes abstinencias, seguidas de extemporáneas har-

turas, van engendrando la muerte poco á poco, y el fatal desenlace se achaca despues, segun la ciencia, á la gastritis, á las tifoideas y á otros males de variados nombres, que debian llamarse sencillamente hambre y privaciones; en una palabra, *pobreza*.

IV.

Condicion moral de la clase obrera.

Todos los que, no pudiendo negar la situacion infeliz de las clases trabajadoras, buscan explicacion á la indiferencia de la sociedad y á su propia indiferencia como para contener sus remordimientos ó sus escrúpulos, sostienen que, principalmente y antes que todo, es indispensable instruir á los obreros, moralizarlos. Escuelas por todas partes, educacion, que con esto tan solo se ha de encontrar el proletario redimido; de tal suerte, afirman con seguridad, que será inútil cuanto se trabaje por mejorar la condicion

económica de los operarios, si antes no se les instruye ámpliamente y se les educa en saludable moral. Lo primero es la instruccion, que lo demás vendrá por sí como añadidura.

No puede desconocerse, ni negarse, la necesidad de la instruccion y de las buenas prácticas en la esfera de las costumbres; pero es muy discutible por lo ménos, que sea el fundamento preciso de la reforma social. El infeliz que no come, mal puede elevar su inteligencia: las cúspides, y no los abismos, son lugares á propósito para que reciba el alma la irradiacion de los cielos.

Además, las horas vacías no son muchas para el que trabaja. La depresion de la vida produce indiferencia ó letargo. La sabiduría no fortalece los músculos, ni aumenta el jornal. Ciertó es que á la larga el que más sabe suele abrirse camino; pero los cálculos sobre el porvenir influyen poco en los que viven dominados por las amarguras del presente, y se acostumbran á no pensar en mañana, por miedo á los terrores de la suerte sombría.

He observado en dilatada experimentacion, que el bienestar comunica conocimientos á los que no los han recibido metódicamente, y que las desdichas arreba-

tan los que se adquieren en dias afortunados. Así he visto algunos mesócratas, que fueron trabajadores, irse ilustrando lentamente en proporcion á su fortuna, por la virtud de la abundancia, y puliendo sus ademanes, y refinando sus costumbres; mientras he visto á otros, que recibiendo en sus primeros años educacion privilegiada, y que han descendido despues por adversidades á los trabajos rudos, ir olvidando poco á poco lo que aprendieron, y atrofiándose y adoptando formas groseras, hasta llegar al embrutecimiento ó á la depravacion.

Si la sabiduría sirve para aumentar los medios de subsistencia, el bienestar proporciona más sobre seguro la sabiduría. No nos encerremos en el círculo, que puede ser vicioso, de no tantear las reformas sociales por falta de ilustracion en los elementos trabajadores; pues acaso sea la ilustracion imposible, por mucho que se procure, mientras escaseen los medios de subsistencia. Quédese para los engaños políticos el no conceder derechos á los pobres, porque no son ilustrados y no ilustrarlos, porque son pobres.

Las reformas se deben hacer á la par en el órden científico y en el económico; pero en el caso de que se rompa el equili-

brio, más vale que se avance en el último, porque si se consiguiera de cualquier modo que los obreros ganaran bastante y sobrado para cubrir las necesidades de la vida, ciertamente que se ponían con esto solo los más firmes cimientos para ilustrarlos y cambiar sus costumbres radicalmente.

Pero viniendo al *Cuestionario*. ¿Cómo se encuentra la cultura intelectual de la clase trabajadora?—Según corresponde á su situación económica.

—¿Y su cultura artística?—El arte se inspira en la belleza, y la belleza huye de los andrajos.

—¿Y su cultura religiosa?—Buena; porque los trabajadores han abierto los ojos, á lo ménos en esta comarca.

—¿Y su cultura moral?—Mejor que corresponde al estado y á los recursos de la clase.

Examinemos este último particular con parsimonia.

Desde que el pobre viene al mundo, queda envuelto en una red de contrariedades; se amamanta en el infortunio; se desarrolla alimentándose de perniciosos ejemplos; y se fortalece á los golpes despiadados de la injusticia. Cuando niño, que apenas comprende lo que vé, presen-

cia que sus padres discurren mentiras para resolver dificultades perpétuas, y que algunas veces los hacen á ellos mismos instrumentos de los engaños. Constantemente reciben vejaciones, y ven que son víctimas de ellas los autores de sus días. Con extrañeza silenciosa reparan que otros niños son felices cuando ellos desgraciados, y asoma la envidia como protesta y más adelante el coraje que se cambia en aborrecimiento á las personas, porque no pueden distinguir, ni por consecuencia separar, los daños que hacen los individuos de los que se derivan de las instituciones sociales.

Así se forma el trabajador por un amasamiento de contrariedades, de enojos y depresiones.

Y durante toda su vida prosigue luchando con desventaja siempre, y recibiendo golpe sobre golpe en las fibras más sensibles del alma. Vida así parece natural que diera en definitiva monstruos humanos.

Con todo, el corazón se llena de esperanzas observando que los trabajadores, en lugar de monstruos son hombres corrientes con imperfecciones como las que tienen las demás clases, pero no mayores. Si gritan más, es porque más sufren.

Discúlpese el lamento al dolorido, y aun algún destello de ira al que recibe rayos de vilipendio.

Debo decir por mi parte, que, cuando considero los vicios de los trabajadores, me admiro de que no sean más generales, profundos y perturbadores.

Un punto hay en el grupo del *Cuestionario* que trata de la condición de la familia obrera, que parece un sarcasmo. Es el siguiente: «Deficiencia de la educación que reciben los hijos de los trabajadores en el seno del hogar; *si es por incuria ó por impotencia; abandono de los hijos y sus consecuencias.*»

V.

Horas de trabajo.—Trabajo á destajo.

Los campos en que se dan las batallas capitalistas y trabajadores, cuando sobrevienen las huelgas alarmantes de los úl-

timos, ó las reposadas de los primeros, son dos generalmente; el jornal y las horas de trabajo. No hay que decir que los amos piden muchas horas de faena y ofrecen salario reducido; mientras que los obreros reclaman recompensa mayor y ménos tiempo de trabajo.

Dejo aparte por ahora la cuestión perpetua del salario, para ocuparme de las horas de faena.

A este propósito debo decir con toda sinceridad, que calculando un promedio entre los diferentes oficios, no resulta excesivo el tiempo que los trabajadores aplican á la faena. En algunos oficios, por ejemplo en la labor de las viñas cuando se hace á lo *majolero*, así se nombra, el trabajador se desbarata de tanto trabajar y con tanta fatiga, pues llega al tajo con los primeros resplandores del alba y se retira entre las sombras de la noche. Pero estos son trabajos excepcionales, que se deben examinar separadamente; lo común es que los obreros no se apliquen á sus ocupaciones durante horas excesivas. No obstante, tienen racional estímulo para defender la disminución de las horas de trabajo. De todas maneras éste les resulta fatigoso y repugnante, aunque no sea excesivo por su duración, porque lo

ejecutan bajo la violencia de un procedimiento en que su voluntad no interviene. Todo lo que se hace por mandato y por tiempo fijo, suscita repugnancia y dolor, y por consiguiente la protesta y el deseo de acortar el daño, como ahorro de penalidad.

No es fácil concebir todo cuanto el hombre puede trabajar, cuando trabaja contento y libre. Un obrero deja el taller fatigado verdaderamente, y se propone, según dice, descansar; pues para descansar muchas veces se pasea, que es un ejercicio, un trabajo, y otras retoza ó juega á los bolos, que es otro trabajo, otro ejercicio, quizás más violento que el que acaba de dejar. La fatiga dimana más de la monotonía de la ocupacion, que de su violencia; de la necesidad de seguir y seguir mientras no llega la hora señalada; en suma, de la falta de libertad. El trabajador es un siervo por días y no hay horas breves en la esclavitud.

Ahora bien, podrá decirse, si el motivo fundamental de que el trabajo sea repugnante y parezca largo, es que se ejecuta en horas fijas ó invariables, procúrese extender aun en la organizacion presente á trabajo á destajo, que cuando ménos deja al trabajador en libertad relativa.

Digamos cuatro palabras sobre el destajo.

Primeramente esta forma de trabajar no encaja en el mayor número de las faenas, y la rechazan los amos, porque modifica de algun modo su albedrío: no quieren soltar un momento la batuta, por no decir el látigo, de la direccion permanente. Así es que el destajo rara vez se adopta. Con todo, suele emplearse en esta comarca, por excepcion, en determinadas faenas, por ejemplo, la siega de las mieses; pero ¡cosa que parece á primera vista inexplicable! en estos años últimos los conflictos entre segadores y labradores se han fundado en pretender los primeros segar por peonadas y con salario fijo, lo cual parece una anomalía en retroceso voluntario hácia la forma más depresiva del trabajo. Pero en el desórden que reina en esta sociedad, por la contradiccion inconciliable de intereses, se explican todos los absurdos, y todas las aberraciones son lógicas y fundadas en razon.

Los segadores discurren de esta manera: Más fácil es que nosotros nos equivoquemos, que el dueño se equivoque al estimar un sembrado para fijarle el precio de la siega: miles de aranzadas no pueden examinarse en un momento: nosotros las reconocemos á la ligera por las

lindes, y el dueño las ha revisto palmo á palmo porque las asiste y repara durante el año entero. Además, aunque trabajemos deprisa con el destajo, no ganamos más en definitiva, porque no aumentan las aranzadas con disminuir el tiempo, y viene á continuacion una parada forzosa. En resumen, el mismo ingreso en la temporada; veinte dias tremendos en el destajo y luego diez de parada, que rara vez son de descanso, porque es fácil que los pasemos en el hospital, de resultas de lo insoportable de la faena ejecutada con tanto aceleramiento y fatiga.

VI.

Participacion en los beneficios.

En esta comarca no suelen los obreros participar en modo alguno de los beneficios de las especulaciones. Como excepcion vienen insinuando estos años últimos los propietarios de viñas de Jerez, el

deseo de dar á los trabajadores participacion en las cosechas. Conviene explicar las cláusulas corrientes de estos contratos.

Antecedentes. Por motivos que no es menester explicar, los propietarios y cultivadores de viñas en Jerez, están hace años en una situacion adversa, casi todos perdidos. Emplean en el cultivo de una aranzada y en las contribuciones unos mil doscientos reales, y la cosecha, por la enorme depreciacion de los caldos, vale, vendida con dificultad, novecientos, real de más ó de ménos; de manera que vienen á perder trescientos; y esto un año y otro y no se sabe hasta cuándo, pues no se vislumbra la mejoría.

En semejante situacion, han dicho los propietarios de viñas á los trabajadores: «¿No os quejais de la esquividad de los capitalistas y de que no os ofrecen participacion en los beneficios? Pues asociémonos. ¿Con qué condiciones?—Allá van. Vosotros labrais la viña, alimentándoos por vuestra cuenta, y nos dais la mitad de la cosecha limpia.

Algunos trabajadores han admitido; los más han rehusado naturalmente. Lo que se propone, no es una participacion en los beneficios, sino en las pérdidas.

Hay una clase en estos puertos que trabaja desde tiempo inmemorial por el sistema de participacion, la clase de los pescadores en parejas.

El amo de la pareja y los trabajadores están asociados, y reparten el producto de la pesca de este modo: vendido el *lance* (lance se llama á lo pescado en la expedicion), se paga el almacenado, el arrastre en el muelle, el consumo y el corretaje, y lo que resulta líquido se distribuye entre el amo de la pareja y los trabajadores: una parte al primero y dos partes á los segundos.

Vamos á ver qué relacion resulta de esta sociedad entre el capital y el trabajo.

El capital está representado por el valor de la pareja con sus enséres, y el trabajo por los pescadores compañeros.

Una pareja lista para el trabajo, cuesta poco más ó ménos quince mil pesetas, sesenta mil reales, capital claro y que nos resulta ya medido.

Montan la pareja de veinte á veinticuatro hombres, trabajadores compañeros, pongamos por término medio veintidos, entre los cuales dos patrones y algunos muchachos; y como la cuantía de este capital-trabajo que se asocia no aparece tan

clara como la del capital-pareja, vamos á deducirla matemáticamente.

Los veintidos compañeros trabajadores se distribuyen en categorías, de suerte que representan veinticuatro partes; porque los patrones figuran por tres cada uno y los muchachos por media.

Tenemos, pues, el capital-pareja, con el valor fijo y claro de 60.000 reales, y que recibe una tercera parte de la utilidad líquida; así es, que como al capital-trabajo se le dan dos terceras partes de la misma utilidad, viene á ser estimado en 120.000 reales exactamente.

Ahora bien, el capital-trabajo está representado por veinticuatro partes; cada una de ellas corresponde á un trabajador, á un hombre, y por consiguiente el valor, el precio de un hombre figura en esta sociedad por *cinco mil reales*. En la proporcion un hombre vale cinco mil reales y una *pareja* 60.000.

Si una pareja se vá á pique, se pierden 60.000 reales; para que la pérdida monte tanto, es menester que se ahoguen 24 hombres.

Un negro en Cuba cuesta, no cinco mil, sino veinte mil reales, y el amo lo tiene que mantener. Cuando el negro muere, veinte mil reales pierde el amo: el pesca-

dor sucumbe y le reemplaza otro, que nada cuesta. ¡Ventajas de la civilización! Se entiende para el capitalista.

Pero si resulta escandalosamente injusta la relativa valoración de los capitales, acumulado y presente, que poseen los empresarios y los trabajadores, se encuentra igual injusticia en el precio de lo que hacen algunos que se llaman obreros, porque en verdad ejecutan alguna cosa.

No examinaré la diferencia que se establece entre jornales y *honorarios*, denominación nobiliaria la última para justificar las presas; ni que los honorarios mismos se regulan tan arbitrariamente que el médico aprecia una consulta igual en veinte reales y en 20.000, según los pacientes, no según el trabajo; nada de esto examinaré; pero sí una valoración extravagante de que todo el mundo tiene noticia y que parece increíble.

Massini, famoso cantante, que deleita actualmente al pueblo de Madrid, viene á ganar más de 60.000 duros en la temporada, según dicen los periódicos.

Cantará unas cien noches; es decir, trabajará cien ratos, que en cuenta larga se pueden extender á tres meses de faena. Ajustando el capital que representan los

60.000 mil duros por el trabajo de tres meses, á razón de 5 por 100 de interés, resulta apreciado el tenor Massini en 96.000.000 de reales.

Hemos visto que se valúa en Cádiz un trabajador en cinco mil reales.

Dígame cuanto se quiera sobre lo extraordinario de la mercancía, el deleite que el canto proporciona, etc. etc., siempre resulta una atrocidad.

Quando numero cálculos semejantes, me parece que estoy ajustando una cuenta de las *locuras de la civilización*.

VII.

Trabajo de las mujeres.

Por una regla insostenible en el sentido de la justicia, y explicable por el hecho de que los hombres mandan, la pobre mujer se encuentra deprimida en la sociedad. Sus derechos están negados en

algunos países, y disminuidos aun en los que de civilizados se precian. Viven bajo el poder de los hombres en un género de sumision, que difiere poco de la servidumbre, templada solo por la galantería

En el orden económico, la mujer como el hombre es un instrumento de produccion, porque lo es de trabajo; pero con este carácter precisamente sufre las injusticias mayores. El varon todo lo invade, hasta las ocupaciones que por delicadas debian ser mujeriles, y la hembra queda relegada á los servicios domésticos y á pocas funciones más.

Sobre todo, para colmo de la injusticia, se retribuyen ménos, mucho ménos, sus trabajos que los que el hombre ejecuta absolutamente iguales: el sastre gana doble que la costurera; el criado más que la criada. Es un lujo el sirviente masculino, y se le hace como decoracion ostentosa, sin embargo de que es más feo.

La dificultad de conseguir trabajo y lo miserable de la retribucion, son peligros permanentes para las pobres trabajadoras.

«La necesidad las obliga frecuentemente á condescendencias que rechaza su virtud. Abandonadas muchas de ellas en el torbellino de la sociedad que las escon-

de los medios de subsistencia, al mismo tiempo que las pone á la vista por todas partes escenas de escándalo y relajacion, infortunadas niñas á quien todos desean prostituir y nadie quiere amparar, van entrando lentamente en el lodazal del vicio, del cual no pueden salir jamás en adelante.»

«Otras veces, la jóven experimenta en el seno de sus familias los horrores del hambre: vé á su padre enfermo, á su madre desolada, á sus hermanitos desfallecidos de necesidad, todos tiritando en un rincon húmedo de la pocilga donde viven; y cuando su entendimiento desvaría y su corazon se rompe de pena... un infame se aproxima á proponerla la especulacion de sus gracias como recurso abundante para remediar el infortunio que devora á la familia.»

«Entonces, ¡qué dolor! la jóven vacila, se extremece, su virtud amenazada resiste hasta donde la necesidad es soportable; pero sucumbe al cabo, víctima de la necesidad y no del vicio.»

«Algunas, las más afortunadas, quedan llorando en su albergue la desventura de su situacion; pero otras más infelices se dejan seducir por el esplendor aparente de la prostitucion, y vienen á parar á

esos lupanares de donde salen devoradas por la enfermedad y por la miseria, para morir en los hospitales solas, tristes y maldecidas.»

«La obligada inmoralidad de las pobres jóvenes á quienes la miseria impele á relajarse, no se detiene de ordinario en el infortunio de la maternidad, sino que pasa á constituir una série de desventuras que no terminan sino con una muerte dolorosa y maldecida por el sarcasmo y por el envilecimiento.»

«Muchas de ellas se ven obligadas á buscar soluciones á la série no interrumpida de sus necesidades por medio del abuso de sus gracias, y entran en una vida de relajacion, inmoralidad y desfreno, que sobrepuja á toda ponderacion. Estas infelices constituyen la clase numerosa de las mujeres perdidas, que tienen por oficio, para granjearse la subsistencia, el desórden, la impudencia y el escándalo, tan inevitablemente impuestos por la fatalidad, que no se concibe una mujer pública sin estos accidentes. Y la clientela de los lupanares es tan malvada, que no acepta á la que retiene algun átomo de dignidad y pudor, antes bien como gazmoña la rechaza.»

«¡Qué abismo tan insondable de infor-

tunios forma la existencia de estas infelices! Véanse precisadas á retocar sus gracias naturales con el artificio. Alegres y decidoras han de manifestarse aunque estén muriendo de pena. Han de ser amables y complacientes con sus groseros y brutales favorecedores. Esclavas irredimibles son de la especulacion de las *principales*. Y cuando despues de una vida larga por el martirio, y corta por los años, se hacen viejas en lo más florido de su juventud, vienen á morir en los hospitales, renegando de su suerte y maldiciendo á la Providencia.»

«¡Cuántas amarguras se esconden en el misterio de la vida de estas desgraciadas! ¡Quién tendrá resolucion bastante para levantar el velo, muchas veces lujoso, que oculta el cieno y las lágrimas de su existencia...!»

Separemos la vista de este cuadro desolador para fijarla en el de la situacion económica de las mujeres de vida normal, cuadro tambien sombrío, aunque no tan dislacerante.

Ya he dicho que la mujer, en igualdad de condiciones, gana ménos salario que el hombre, y que las costumbres sociales la separan, en Andalucía más que en otras partes, aun de las ocupaciones á propósi-

to para su naturaleza. En ciertos casos los capitalistas especuladores procuran servirse de las mujeres en determinadas faenas, no por un sentimiento de equidad, sino por el aliciente de la economía.

Parece á primera vista que la mujer debía aceptar, y que aceptara con el beneplácito y aun la satisfacción de su esposo ó de su padre, pero no sucede así; unos y otros se oponen, y lo hacen con razón, porque trabajando la mujer recibe salario más reducido; y como en conjunto no se aumenta el trabajo general y el hombre tiene que resultar sobrante en la misma proporción que la mujer se ocupe, viene la familia á sufrir los resultados de la concurrencia y á perder en los ingresos totales.

De aquí que la iniquidad se perpetúe, sin que se alcance remedio, hasta el día, remoto quizás, en que los derechos sean derechos humanos, no de casta, clase, ni sexo, y comprendan á las mujeres al igual que á los hombres.

VIII.

Trabajo de los niños.

«Si es interesante la investigación de la suerte de los obreros adultos en nuestros días, lo es mucho más conocer la situación de los niños, á quienes la necesidad obliga á trabajar desde edad temprana.»

«El obrero adulto representa el tiempo que acaba, el niño trabajador representa la esperanza, el porvenir. Doloroso es que el primero consuma entre amarguras y fatigas los restos de su existencia; pero aún es más doloroso que el pobre niño salga á la vida prensado en la máquina del trabajo que lo deforma y desmoraliza.»

«¿Cuál será el porvenir de las venideras generaciones formadas con esos niños que vemos en los talleres raquíticos, escualidos, amarillentos y con señales de una existencia corta y llena de penalidades!»

«Por lo comun los niños empiezan á trabajar antes de tiempo, y lo qué es peor todavía, en ocupacion ingrata que no distrae, ni origina placer de ninguna especie.»

«Sometidos al yugo del aprendizaje que los retiene en sujecion durante horas continuas, ven contrariadas duramente las tendencias de su naturaleza hácia la libertad, el movimiento y la alternativa desordenada, alegre y bulliciosa.»

«Por otra parte, ni siquiera reciben metódicamente la enseñanza de su oficio, sino por impresion del tiempo y de la costumbre. Ni una leccion les instruye, ni les guía un consejo; colocados cerca de la máquina, ó á la vista de las faenas, los hechos, los trabajos mismos, van impresionando lentamente su movediza atencion; y así que por el trascurso de largos años su cuerpo se ha ajustado materialmente á los movimientos de la máquina ó sus manos han tomado la costumbre de formar instintivamente parte de las herramientas, se hallan casi sin saberlo convertidos en operarios capaces de ganar el jornal, para entrar en una senda diferente de la fatigada peregrinacion de su existencia.»

En párrafos antecedentes he trazado

pinceladas ligeras respecto á la vida del niño en casa de sus padres, que no es buena por punto general, y peor si los padres son trabajadores. Debía ser el niño la alegría de la casa y es la perturbacion. No tiene espacio para moverse siendo tan bullicioso, y lo acúñan donde no cabe. Todos sus juegos se convierten en diabluras y rueda de un lugar para otro, revolviendo el pobre mobiliario entre gritos y pescozones. Su carácter principia á torcerse por la contradiccion perpétua, y su rectitud natural á viciarse de resultados de una tiranía forzosa, que no puede concebir. ¡Cómo ha de comprender el niño que debe embutirse en un rincon sin movimientos, cuando toda su naturaleza lo impulsa á la movilidad y al bullicio!

Al poco tiempo es menester alejarlo del hogar, porque estorba, y enseñarle un oficio, porque come; y lo colocan de aprendiz, si no desde el primer instante de trabajador, porteano escombros para que gane algo inmediatamente.

Todo aprendizaje es dilatadísimo, porque durante él nada se enseña. Vá al obrador el niño para servir al maestro. Y en este nuevo período de su vida las contrariedades redoblan, y lanzado de la casa al taller y del taller á la casa, y dia-

bleando al mismo tiempo por las calles, discurre tormentoso, repelido do quiera, y azotado continuamente.

¡Pues y los ejemplos con que se le educa! Lo mismo en su casa que en la sociedad, no pueden ser peores; el engaño, la adulacion, la violencia. Aprende que tiene cuenta ser malo. Rompe algun objeto, y si lo declara cuando se lo preguntan, el castigo viene sin tardanza; mientras que si se encierra en la negativa suele escapar á veces; así de niño embustero se hace hombre trapalon. Si desea algo y lo pide bucnamente, lo obtiene con dificultad; pero si grita, llora y patoca, sobre seguro se lo conceden para callarlo; así, cuando hombre, está acostumbrado á servirse de la violencia como recurso eficaz para conseguirlo todo.

Como en la provincia de Cádiz no hay grandes industrias, los trabajos de los niños se reducen al aprendizaje de los oficios corrientes, albañil, carpintero, etcétera, etc.; y al de peones ó pequeños braceros, en algunas obras. Los aprendices nada ganan, los peones tres ó cuatro reales.

Sin embargo de que, segun he dicho, no hay en esta comarca grandes industrias, como quiera que existen en otras partes

y en ella trabajan los niños, por cierto muy desfavorablemente, considero del caso consignar algunas noticias sobre la mala situacion en que se hallan estos pequeños é infelices trabajadores, principalmente en el extranjero.

Dice Mr. Burggraeve, que en las fábricas de algodón de Bélgica trabajan niños en número considerable desde la edad de seis años.

En las minas de la provincia de Lieg, representan la sexta parte del número total de trabajadores, y en otras la cuarta parte. «En una fábrica de alfileres, agrega, trabajan unos cuarenta niños *sentados constantemente.*»

En Bélgica, el trabajo de los niños dura el mismo tiempo que el de los adultos.

El Indust rial de la Campana, periódico de Reims, ha afirmado que los golpes y malos tratamientos á los aprendices son corrientes y constantes en las fábricas; y que en algunos establecimientos de Normandía el nervio de buey figura en el taller entre los instrumentos del trabajo. El hecho, agrega el diario, lo atestiguan muchos fabricantes y sus esposas. Algunas noches tienen que velar, y cuando los rinde el sueño y el cansancio, se les despierta con la vara.

En Rusia los oficiales azotan á los aprendices por todo género de faltas.

No es mejor la situación de los niños en algunas industrias pequeñas. Un diario de París publicó hace tiempo lo siguiente: «Régimen de un obrador. Los niños aprendices, después de haber pasado la noche, lo mismo en invierno que en verano, sobre los ladrillos sueltos de un almacén, que tenía en algunos sitios restos de paja como estiercol, empezaban el trabajo á las cinco de la mañana y lo continuaban hasta las once de la noche, arreados incesantemente con amenazas y golpes del maestro. Se les daba solamente una hora de descanso; y para comer pan negro con algunas legumbres podridas.»

«Por la más leve falta, eran tratados con la brutalidad mayor; y era tal la fiereza de los golpes que recibían, que sus cuerpos estaban llenos de cicatrices.»

Se hizo en Inglaterra una información parlamentaria con objeto de conocer la situación de los niños empleados en las fábricas, y en el informe se consignaron los datos que siguen: «El grado de fatiga á que están expuestos los niños en el trabajo corriente se deduce de sus mismas declaraciones, de las de su familia y de las de otros obreros. Unánimes son las

respuestas cuando se les interroga sobre sus fatigas en el trabajo: todos los de las fábricas grandes, los de las pequeñas, estén bien ó mal administradas, contestan con la única variación de las palabras:

—Estoy mortalmente fatigado, sobre todo por las noches.

—Tan fatigado me siento, que cuando llego á mi casa no tengo fuerzas más que para dejarme caer en el suelo.

—Hasta pierdo de tanta fatiga, las ganas de comer.

—¿Se van á disminuir las horas de trabajo? preguntaba con ansiedad una niña infeliz al comisario que levantaba la información.»

En el mismo sentido que los niños, declararon los adultos y aun muchos de los mismos fabricantes, de manera que resultó claro y evidente el malestar insufrible de estos débiles trabajadores.

El Dr. Havokins observó el estado de salud de estos niños obreros comparándolo con el de otros, que vivieran, aunque pobres, en condiciones ordinarias.

A este fin reconoció 350 niños de una clase y otros tantos de otra en una escuela.

la dominical de Manchester con el resultado siguiente:

TENIAN LOS 350 NIÑOS TRABAJADORES.	TENIAN LOS 350 NIÑOS LIBRES.
Mala salud. . . . 73	Mala salud. . . . 21
Salud regular. . . 134	Salud regular. . . 88
Buena salud. . . . 143	Buena salud. . . . 241
<u>350</u>	<u>350</u>

Repitiendo sus observaciones en cien niños de otra escuela, obtuvo estos datos:

LOS 50 TRABAJADORES TENIAN.	LOS 50 NIÑOS LIBRES TENIAN.
Mala salud. . . . 13	Mala salud. . . . 1
Salud regular. . . 19	Salud regular. . . 18
Salud buena. . . . 18	Salud buena. . . . 31
<u>50</u>	<u>50</u>

Las niñas padecen de resultas del trabajo más enfermedades que los niños, sin duda porque son más débiles y delicadas.

«La situación de los niños en las minas de carbon es horrenda y renuncio á describirla á fin de terminar de alguna manera esta triste relacion de desventuras, que para ser completa sería interminable.»

«Si habla en contra de la civilizacion actual el estado en absoluto de la clase trabajadora, derrama oprobio y vergüenza sobre la sociedad del siglo XIX la situacion triste, aniquiladora, de esos pobres niños que ven la Providencia solamente en forma de infortunio.»

«Y se aniquila de esta manera la generacion del porvenir por aumentar en algunos reales la ganancia del empresario.»

«¡El empresario, el empresario por todas partes, hiriendo de muerte la conciencia y la vida de los hombres!»

«¡Y hay quien sostenga que la humanidad camina por las vías anchas del progreso y de la justicia, practicando la libertad, la igualdad y la fraternidad!»

«Ligeramente se ha bosquejado la situación de los niños trabajadores en la grande y en la pequeña industria. La reforma en este punto es más necesaria que en otro cualquiera, tanto para que sean menores los sufrimientos de estos desgraciados, como para que la atraccion sea el agente de la actividad infantil y forme operarios hábiles, agentes felices de la produccion.»